

El inolvidable poeta y narrador Severino Salazar

Dolores Castro

CONOCÍ A SEVERINO SALAZAR en una de tantas jornadas lopezvelardeanas, en la ciudad de Zacatecas, y apenas cruzamos unas cuantas palabras, en una fecha cercana a la publicación de su primera novela que leí y admiré: *Donde deben estar las catedrales*. Poco tiempo después nos invitaron a compartir lecturas y entrevistas sobre nuestra narrativa con el tema o el ambiente de la ciudad de Zacatecas, en el teatro Calderón. Confieso que me sentí abrumada en ese momento. Mi novela *La ciudad y el viento* nunca tuvo premios ni mucho menos y *Donde deben estar las catedrales* es uno de los libros más interesantes de cuantos se escribieron sobre Zacatecas.

Poco antes de subir a nuestra presentación se acercó Severino, sonriente, sencillo y afectuoso:

—Quería conocerla —me dijo—, porque cierta vez que Rosario Castellanos visitó Zacatecas, llegó entusiasmada ponderando esa maravillosa ciudad. Dijo también que le extrañaba que no se hubiera escrito sobre ella, pero recordó luego que sí había una novela, *La ciudad y el viento*, con la ciudad de Zacatecas como protagonista principal.

¡Severino Salazar había leído mi novela!

Severino, con la gentileza que le era característica, me animó diciendo que leyéndola advirtió que poesía lírica y narrativa podían fundirse y eso era precisamente lo que él pretendía lograr.

También me dijo que cuando estudiaba en Inglaterra advirtió que los novelistas ingleses escribían sobre lo que ocurría en los pequeños poblados y él también como narrador pretendía develar la vida de Zacatecas y sus poblaciones pequeñas, así como la de sus habitantes, descubriendo a la luz de la poesía la pequeñez o la oscuridad aparente de sus vidas.

Sin duda es una de las excelencias de su obra esta contemplación del mundo y de los hombres ante la dramática

realidad de lo que son y en función de lo que debieron o podrían haber sido; la incapacidad de expresar lo soñado o el afán de que se convierta en realidad el sueño con sólo expresarlo... Para el narrador sueño y realidad viajan por un hilo conductor, tan fino y ramificado como el de la telaraña; hilo en el que se mecen los personajes enarbolando símbolos, en medio de imágenes y figuras amorosamente sacadas de la contemplación atenta; del oído capaz de reproducir en la memoria formas esenciales de ser y de hablar. Así en *Donde deben estar las catedrales*, así en *Desiertos intactos*, así en *El mundo es un lugar extraño*, *El imperio de las flores*, *Pájaro vuelve a tu jaula*, o sus extraordinarios cuentos y noveletas.

Si el historiador Jesús González y González contempló microscópicamente el pasado de su pueblo, Severino Salazar repitió la hazaña literariamente asomándose al cuerpo y alma del paisaje, las casas de amplios patios centrales, con mace-tas, pájaros, personas que tienen un habla rica en imágenes insustituibles, arraigadas en la región y recreadas por él para infundirles esencialidad y vida propia, universal y con sabor a tierra zacatecana.

De la poesía Severino tomó la capacidad de simbolizar desde su profunda y original subjetividad y pudo develar así esa realidad próxima y agresiva, pero también, a pesar de todo, muy amada.

De la patria de López Velarde contempló profundamente —aquella en que *El niño Dios* le construyó un establo— pues a través de la vida en Jerez, Tepetongo o Juanchorrey, asoma, en la mayor parte de su obra, el campo zacatecano, con hombres y mujeres como la loca Juana Gallo, que cada día hace rodar su tonel para levantarlo y con gran esfuerzo llevarlo a la cima, y rodarlo nueva y cotidianamente después, como en el mito de Sísifo; o bien en *Quince cuentos de navidad* no

precisamente el mito, sino la nostalgia del campo, que quizá el mismo autor sufrió toda su vida, en el cuento “Los guajolotes de navidad”, nostalgia que lleva a la protagonista a trasladar una granja en la azotea del edificio en donde trabajaba toda su familia en el D. F.

Inolvidable, por ejemplo, lo que Florentino Alvarado, personaje de *Donde deben estar las catedrales*, afirma: “El mundo es misterioso como una cebolla enorme, cada capa acerca al centro en donde se conoce la realidad” y en otra parte del libro se agrega que el centro sólo envuelve el vacío.

Todo el peso del drama que es la vida humana se resume en la cita de Job que sirve de epitafio a Baldomero Berumen (1936-1957): *Quare de vulva eduxisti me?*, tomado del Libro de Job, 10:18 (“¿Por qué me sacaste del vientre de mi madre?”).

Leemos en *Aspectos de la novela* de E. M. Forster que el relato sólo puede tener un mérito: el de hacer que la audiencia quiera saber lo que ocurre después, ya que el relato es el más inferior y simple de los organismos literarios, pero a la vez el indispensable en la novela. Añade también que lo que el relato hace es narrar la vida en el tiempo, y lo que la novela en su integridad hace—si es una buena novela— es abarcar también la vida según los valores. Pues a diferencia del historiador que registra, el novelista debe crear. También afirma que en Dostoievski “los personajes y las situaciones representan algo más que a ellos mismos; la infinitud los acompaña; aunque siguen siendo individuos, se expanden hasta abarcarla y le piden que los abarque a ellos [...] sus personajes guardan relación con la vida común y viven en su propio medio”, hay incidentes que nos mantienen interesados pero a la vez el escritor “posee también la grandeza de un profeta a la que no pueden aplicarse nuestras normas ordinarias”.

Finalmente el último párrafo de Forster, aplicable también a la obra de Severino Salazar:

En la novela hay algo más que el tiempo, los personajes o cualquiera de sus derivados, algo más inclusive que el Destino y por “más” no entiendo algo que excluye estos aspectos ni algo que los incluye, que los abarca. Entiendo algo que corta a través de ellos como un rayo de luz, que está íntimamente conectado con ellos en un lugar e ilumina pacientemente todos sus problemas y que en otro lugar pasa por encima, a través de ellos como si no existieran. A este rayo de luz le daremos dos nombres, fantasía y profecía.

Fantasía y profecía que en el género de la poesía lírica son esenciales, y no pierden este carácter en las novelas del autor que hoy recibe nuestro homenaje. En cuanto al lado oscuro, dramático que preside su obra, y en relación con la poesía que expresa en ella, cito ahora al poeta francés Pierre Reverdy

en su texto *La función poética*, en el que niega que el poeta sea el ser quimérico que vive en un mundo irreal, nebuloso y se conforma con soñar. Afirma en cambio que “el poeta es un hombre más sensible a la realidad que le oprime, y experimenta como ningún otro la servidumbre de lo real, pues la poesía tiene su origen en el contacto doloroso de lo real externo con la conciencia humana”.

Citaré también a José Vasconcelos en su ensayo *Libros que leo sentado y libros que leo de pie*:

Si se pudiese ser hondo y optimista, nunca se escribirían libros. Hombres llenos de energías libres y fértiles no se dedicarían a remendar con letra muerta el valor inefable, el remoce perenne de una vida que absorbería y cumpliría sus ímpetus y todos sus anhelos. Un libro noble siempre es fruto de desilusión y signo de protesta. El poeta no cambia sus visiones por sus versos y el héroe prefiere vivir pasiones y heroísmos, más bien que cantarlos... Escriben el que no puede actuar o el que no está satisfecho con la obra. Cada libro dice, expresamente o entre líneas: ¡Nada es como debiera ser! [...] Y es que la verdad sólo se expresa en tono profético.

¿Dónde deben estar las catedrales? En el centro de una humanidad sitiada contra la pared de la realidad aunque sus feligreses vuelvan los ojos hacia otras libertades y las sufran en carne viva, ya sea en su breve vida o en el curso de las edades, o en el de los destinos que se repiten, se iluminan y extinguen, no sin antes expresarnos lo que su vida es, ya sea en los relatos de *Las aguas derramadas*, en las historias paralelas de *El mundo es un lugar extraño* o en la recreación del legendario Gregorio López, hijo bastardo de Felipe II, al fondo de la historia presente de los habitantes de *La Chabeña*, o también en *Tres noveletas de amor imposible*, *Mecanismos de luz y otras iluminaciones*, *Quince cuentos de navidad*, algunos libros de su numerosa y excelente obra narrativa.

Podría abundar en múltiples citas de imágenes brillantes, metáforas y lenguaje simbólico que incluye alegorías y asciende hasta el mito; pero quisiera finalmente recordar al hombre bueno, sencillo y amistoso que encerraba al escritor que supo contemplar el mundo como un desierto intacto, como un lugar extraño que desentrañó, contemplándolo hasta el fondo de su realidad desde la profundidad de su conciencia y auxiliado por una brillante imaginación, por una inteligencia aguda. El que supo registrar el tono, la atmósfera y el ritmo emocionado de zacatecanos o defeños, en su desnuda humanidad, en su universal desamparo. •

DOLORES CASTRO es maestra en letras por la UNAM. Ha publicado novela, cuento, ensayo, teatro y poesía. Entre sus libros se encuentran *El corazón transfigurado* (1949), *Cantares de vela* (1960) y *Soles* (1977).